

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LA VIRGEN MARIA.

III.

Habia llegado el tiempo en que el hijo de Dios iba á derramar su doctrina, y provocar aquellas odiosas contradicciones que le habia pronosticado el anciano Simeon. Fué al desierto á recibir el bautismo de mano de su Precursor; á comenzar por el ayuno y la oracion su mision evangélica. Algun tiempo despues, asistió á las bodas de Canaá, pequeña aldea situada en los confines de la Galilea y de la Fenicia. La Virgen María se halló en aquellas bodas y Jesus fué tambien convidado con sus discípulos. En medio del banquete falta el vino: movida á compasion por sus huéspedes, conociendo la caridad y el poder de su hijo, María le dice:

«No tienen vino.» Jesus respondió: «¿Qué tenemos nosotros que ver con eso? Mi hora no ha llegado todavía.»

Los prodigios no tenian por objeto sino confirmar las palabras y las verdades del Evangelio, y hasta entonces el Evangelio no habia sido predicado. Sin embargo, Jesus no quiso negar la peticion de su santa Madre; así comprendiendo que en tiempo útil manifestaría su bondad el Salvador, María dice á los que servian: «Haced todo lo que os diga.»

Habia allí seis grandes ánforas de piedra: Jesus mandó á los criados llenarlas de agua y en seguida les dijo: «Sacadlas ahora, y llevadlas al amo de la casa.» Lo hicieron y el agua se halló cambiada en un vino, el mejor que habian bebido hasta entonces. Jesus quiso santificar el matrimonio, honrando con su presencia las bodas y además haciendo manifestacion de su poder dando á los que le rogaban la prueba de una mision ratificada por el cielo. Tal fué el primer milagro del Señor, y lo verificó á ruegos

de su augusta Madre, como para mostrar que por ella podemos obtenerlo todo.

Parece que Jesus y María habitaron algun tiempo en la Galilea, cerca del lago de Tiberiades.

Bien pronto despues, Jesus se fué á Jerusalem para la fiesta de la pascua. Despues recorrió la Judea, derramando su doctrina apoyada por sus milagros y sus virtudes. No dice el Evangelio que María le acompañase en estas gloriosas expediciones: sin embargo, como se dice que muchas santas mujeres de Galilea seguian al Salvador para cuidarle, puede presumirse con la mayor parte de los antiguos, que María estuviese á su cabeza; porque ¡quién merecia mejor aquel honor, ni quién tenia mas ternura! Además, Jesus volvió á Galilea y pudo allí ver á su Madre y hacer conocer á todos los siglos el verdadero título de gloria que debió recomendarla al amor y á la veneracion de todos los cristianos.

Así un dia que se hallaba en una casa, se reunió tal muchedumbre y se ocupaba tan ardorosamente en instruirla, que no tomó ningun alimento. Corrió la voz de que se habia desmayado. Su santa Madre y sus parientes vinieron á buscarle y á sacarle de en medio de aquella multitud donde corria peligro su vida; empero no pudiendo llegarse á él, le hicieron avisar de su presencia y pidieron hablarle; «Vuestra Madre y vuestros hermanos os aguardan.—Mi Madre y mis hermanos, respondió, son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica:» haciendo ver por estas palabras, que el primer título de honor á los ojos de Dios y en el que se fundan todos los demás, es cumplir su santa y adorable voluntad. La misma doctrina proclamó en una circunstancia célebre. Acababa de hacer con milagros la prueba de su divina autoridad, y la habia puesto en evidencia con razonamientos tan llenos de sabiduría, que levantando una mujer la voz de en medio de la muchedumbre exclamó: «Felices las entrañas que os han llevado y los pechos que os han amamantado.»

«¡Mas felices, respondió Jesus, los que escuchan la palabra de Dios y la guardan!» La Virgen María, no solamente merecia ser llamada bienaventurada en toda la serie de los siglos por haber dado á luz al que es el Verbo Eterno, sino tambien era mas bienaventurada todavía por haber conocido, amado y practicado las enseñanzas de aquel Verbo lleno de luz, de razon, de gracia y de verdad.

Una tradicion muy antigua refiere, que María vió con sus propios ojos los malos tratamientos que dieron á su divino hijo los habitantes de Nazareth, los cuales querian precipitarle de lo alto de una montaña. Admirados de las palabras que salian de su boca, le recordaban su familia, y le preguntaban cómo el hijo del carpintero, podia hacer discursos tan poderosos. Jesus les dijo: «Vosotros me aplicais sin duda aquel proverbio, *médico, cúrate á tí mismo.*» ¿Qué de cosas no habeis hecho, como nosotros hemos oido decir, en las inmediatas ciudades? Házlas aquí en vuestro país.—Pero yo os aseguro que ningun profeta es bien recibido en su patria: la verdad os digo, habia muchas viudas en Israel en el tiempo de Elías, cuando se cerró el cielo durante tres años y medio, y hubo una gran hambre sobre la tierra, y fué enviado Elías, no á una de ellas sino á una viuda de Sarepta, en el país de Sidon: habia tambien muchos leprosos en Israel, en tiempo del profeta Eliseo, y sin embargo, de todos aquellos leprosos solo curó Naaman, el sirio.» Llenáronse al oir estas palabras de furor los judíos de la sinagoga. Arrojáronse en tumulto sobre Jesus, le echaron de la ciudad, y le llevaron á la cumbre de la montaña inmediata para precipitarle de ella, empero de repente revistiéndose de poder y de magestad atravesó la multitud llena de estupor y se retiró! En este tumulto la Virgen María, quiso socorrer á su Hijo, pero el terror paralizó sus pasos. La emperatriz Elena, hizo construir en aquel sitio una iglesia, cuyas ruinas se ven todavía, y que estaba dedicado á *Nuestra Señora del terror.*

La predicacion y los trabajos evangélicos de Jesus duraron tres años. Ocultó como bajo un velo, su fuerza y su gloria, para no deslumbrarnos á nosotros que no podemos mirar cara á cara al sol, su obra perecedera. Bajo estas humildes apariencias fundó su obra inmortal. Asentó su Iglesia por la eleccion de sus apóstoles y de sus discipulos: los instruyó en todo lo que les importaba saber. El no ignoraba nada; él, que es la inteligencia y la sabiduría eterna, y él, como dueño de todo ¿qué podia ocultar al discípulo querido que reclinó su cabeza sobre su pecho en la cena, y al príncipe de los apóstoles que constituyó jefe y piedra angular de su Iglesia? ¿Qué podia ocultarnos á nosotros mismos? Al darnos su vida; ¿nos hubiera rehusado la verdad? La depositó pues, en la memoria y en la conciencia de sus contemporáneos, que nos la han trasmitido ya de viva voz, ya por sus inspirados escritos. Esa doctrina que ha salvado el mundo, enseña á creer en Dios, amarle y obedecerle: enseña á amar á sus hermanos y á sacrificar todo lo que es posible á la paz y á la concordia. Enseña á preferir el alma al cuerpo, la patria á la familia, la humanidad á la patria, Dios al hombre, la eternidad al tiempo, el cielo á la tierra. Esa doctrina, fué puesta en discursos, que nada tienen de comparable por la grandeza y la sencillez, el persuasivo encanto, la gracia y la autoridad divina. Es superior al genio, que no la penetra toda entera, y permanece accesible á la inteligencia menos cultivada: tiende á elevar el espíritu, ensanchar el corazon y transformar la vida civilizándola.

Despues de haber autorizado sus discursos con los milagros, con una asombrosa santidad, queria Jesus sellar con su sangre todas sus palabras y todas sus acciones. Reconocido públicamente por el Cristo y por el Mesías fué llevado en triunfo á Jerusalem, algunos dias antes de su muerte. Arrojaban á su tránsito los mantos y los vestidos y ramas de árboles, exclamando: «¡Salud y gloria al hijo de David! bendito sea aquel que viene en nombre del

Señor, el Rey de Israel.» La ciudad conmovida preguntaba: «¿Quién es este?» Y los pueblos respondían con entusiasmo: «Es Jesús, el profeta de Nazareth.» Los fariseos celosos é irritados le dijeron: «Maestro, haz callar á vuestros discípulos.—Si se callan, replicó el Salvador, gritarán las piedras.» Nosotros no vemos á la Virgen María en este triunfo. Este rumor glorioso, este entusiasmo cedió bien pronto su paso á las humillaciones y á los padecimientos: entonces se presentó con un valor digno de la Madre de un Dios. ¡Cuál no fué el dolor de María durante el juicio trágico, la pasión y los últimos instantes de su Hijo! Cuando hubo legado por un testamento de amor inmortal, su cuerpo y su sangre á la débil y triste humanidad, cuando fué vendido por el signo mismo de la amistad, cargado después de ultrajes, agobiado de afrentas, entregado á una multitud frenética, aporreado, golpeado barbaramente, azotado, ¡qué quebranto, qué dolor, no sentiría el corazón de la mas dulce y la mas tierna de las madres! ¡Cuál sería su sentimiento de no poder dar mas que lágrimas, por todo socorro y consuelo al hijo de sus entrañas en tan grandes tormentos! Porque aunque el Evangelio no haga aparecer á la Santa Virgen en medio de la pasión, sin embargo nos la muestra al pié de la cruz, y hay lugar y motivo de pensar que fué testigo de tantas horribles escenas, como cuenta la tradición. María vió los preparativos del suplicio, la cruz, los clavos, el formidable aparato de aquel gran crimen: siguió á Jesús al Calvario; podía reconocer sus pasos en las ensangrentadas huellas que dejaba: le salió al encuentro y aun lo muestran las ruinas de una iglesia, levantada á Nuestra Señora de los Dolores, en el sitio en que María rechazada primero por los guardias, encontró á su Hijo marchando al suplicio, recibió su saludo y se desmayó al eco de su querida voz.

Cuando el anciano Simeon hablaba de la espada de dolor que atravesaría el alma de María, veía sin duda los crueles momentos en que María contemplaría á Jesús

clavado y muriendo sobre el árbol fatal. Los golpes que hundían los clavos en los miembros del Hijo, resonaban en el corazón de la Madre: oía las blasfemias y los insultos. Su constancia fué todavía mas grande que sus angustias: los hombres y los apóstoles llenos de terror, habían huido. María permanecía en medio de los verdugos, dispuesta á morir con su Hijo y mirando sus llagas con un ojo, donde se pintaba mas la compasión que el dolor, porque no ignoraba que aquellas llagas eran la curación del mundo. Ninguna madre amó mas; empero ninguna criatura conoció mejor la angusta función que el dolor llena sobre la tierra.

La cruz, que parecía no deber ser para Jesucristo, sino un instrumento de pena y un ignominioso cadalso, se cambió en seguida en trono de misericordia y de clemencia, llegando á ser un signo de honor y de esperanza y la ley del mundo. Sordo á los ultrajes de los blasfemos, atento á la oración y al arrepentimiento, Jesús perdona: promete el cielo al ladrón convertido. Después, estendidos los brazos, como para abrazar la humanidad, con la vista fija sobre los que le habían seguido hasta el Calvario, vió á María y á su lado al discípulo querido. Queriendo dar el ejemplo de todas las virtudes y recordarnos lo que debemos á los autores de nuestros días, consagró su último cuidado á su Madre evitando llamarla con este nombre demasiado lleno de emoción. «Mujer, la dijo, designando á San Juan, he ahí á tu hijo.» Y dirigiéndose al discípulo: «He ahí á tu madre.» Este fué el último, el supremo adiós. La noble Madre acogió aquella palabra de separación, desgarrándosele sus entrañas. Desde aquel día fué verdaderamente la madre de los hombres, representados en San Juan: puede decirse que en aquella hora triste y gloriosa nos dió á luz para la vida celestial asociándose á la obra de la redención.

Pasaban estas cosas el viernes, á la hora de sexta, es decir, hacia la mitad del día. Cubrióse entonces la tierra de tinieblas;

se oscureció el sol: á la hora de nona, Jesus pronunció desde su suplicio estas palabras: «Todo está consumado.» Despues añadió: «Padre mio, en vuestras manos entrego mi espíritu.» ¡En efecto, acababa de consumarse todo! La justicia de Dios estaba satisfecha, la caridad de Jesucristo demostrada á todos los siglos: el hombre rehabilitado de su decadencia como el edificio ruinoso que se restaura en las proporciones de su antiguo plan. Jamás vuelve á pasar sobre la tierra este día, sin echar un lúgubre brillo: toda alma cristiana se entrega á los sentimientos de misteriosa tristeza: la Iglesia, esposa desconsolada, se inclina llorosa sobre un sepulcro y hasta el mármol de los altares sufre un inusitado despojo, que parece invitar al mundo entero á la triste solemnidad de tan gran luto.

En estas lágrimas dadas al Hijo, hay una parte para la Madre, que el Evangelio nos manifiesta triste, empero derecha, de pié, debajo de la cruz donde el Salvador acababa de espirar. La memoria de su dolor, inmenso como el mar, que pinta esta elegía sublime, el *Stabat Mater*, ese religioso poema del papa Inocencio, ha inspirado á Palestrina, Haydem, Gluch, Pergolesse y Rossini.

María se reúne á las santas mujeres, para tributar al cuerpo sagrado de Cristo los honores de la sepultura. Mas de una vez sin duda, tuvo la alegría de ver á su Hijo despues de la resurreccion.

María estaba con los discípulos, cuando el Salvador subió al cielo bendiciéndolos. Durante los diez días que siguieron á la Ascension, los apóstoles permanecieron en oracion en el cenáculo. María los animaba con su ejemplo y con ellos recibió aquella maravillosa efusion de gracias celestiales que hicieron tan célebre el día de la Pentecostés. Un violento viento pareció bajar del cielo: conmovióse la casa; apareció una llama que dividiéndose, fué á reposar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos allí reunidos, símbolo de la luz y de la caridad con que debian bien pronto ilustrar y regocijar el mundo.

El resto de la vida de la Santa Virgen, nos es desconocido. Se cree, sin embargo, segun las tradiciones aceptadas en el cuarto siglo de la Iglesia, que permaneció algun tiempo en Jerusalem, y que despues acompañó á Efeso á San Juan, su hijo adoptivo. Dios respetó la discrecion y la modestia de esta existencia tan alta y tan pura, cubriéndola con el silencio. Los hombres pueden meditarla, pero no espresarla por palabras. La comun doctrina de los antiguos padres, es que los ejemplos, las oraciones y la conversacion de María, fueron la luz y el estímulo de los apóstoles y trajeron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. Es la opinion mas recibida que murió en Efeso de una edad muy avanzada. No sucumbió por debilidad de la naturaleza; espiró en un supremo esfuerzo del divino amor. La castidad que habia preservado su cuerpo de toda mancha durante su vida, la protegió contra la corrupcion del sepulcro cual un aroma de inmortalidad. El sentimiento tan humilde que tuvo siempre de sí misma, fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así se ha llamado sueño y descanso á los cortos instantes que pasaran en el sepulcro sus mortales restos. Salió de aquel sueño, de aquel reposo para ser llamada en seguida reina de los ángeles, no menos que de los hombres. Los ángeles trasladaron su divino cuerpo al cielo y la memoria de esta resurreccion misteriosa se celebra por una festividad que escede en solemnidad á todas las festividades de la Virgen María. Se la llama la *Asuncion y coronacion de la Virgen en los cielos*.

Se ve en la aldea de Gethsemaní, cerca del jardin de las Olivas, el sepulcro de la Santa Virgen. Es una iglesia subterránea, á donde se llega bajando cincuenta escalones. Todas las comuniones cristianas tienen allí un oratorio donde van á orar: los mismos turcos rinden sus homenajes allí á la hija de Abraham; pero el sepulcro pertenece á los católicos.

Despues del nombre del Salvador del mundo, no hay otro mas grande que el de

María. Así la confianza y el amor de los cristianos, se halla fijado en ella; y solo la ignorancia y la mala fé, pueden disputar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la Madre de Dios. Fué honrada en las catacumbas, donde su nombre y su imagen se presentaban al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos, la glorificaron por elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha escedido. Mientras la emperatriz Elena al visitar á Betlen, Nazareth, y los santos lugares levantaban sobre su paso santuarios al Hijo de Dios y á la Virgen María, el nombre de la hija de David, era pronunciado en discursos inmortales por los hombres de un genio y de una fé incomparables. Pronto tuvo altares sobre la cima de las montañas, en el fondo de los recogidos valles, de un extremo á otro del universo. Los emperadores de Oriente, colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes: los concilios la invocaron como su luz: se la dedicó con aplauso del mundo, el templo que la Roma pagana habia consagrado á todos sus dioses, el famoso panteon de Agrícola: fué el dulce objeto de la devocion de la Edad Media que multiplicó sobre la madera, el oro, y el mármol, el nombre y las imágenes de Nuestra Señora.

El culto de María, parece ser un manantial fecundo de que aun el genio, siquiera sea heredado de la fé, se complace en sacar inspiraciones que no puede encontrar en otra parte. Lejos de abatir y comprimir el pensamiento humano, la dulce y poderosa aparicion de la Virgen María, eleva y sostiene el alma en su vuelo hacia aquel mundo intelectual donde se dirige el poeta, el artista, el hombre de un genio creador, y que es como el país de las artes, de los pensamientos, y de los sentimientos mas deliciosos y mas puros.

Los poetas cristianos, han cantado á María. Los pintores casi todos han sacado de su historia el asunto de muchos de sus cuadros. A creer en una antigua tradicion, el evangelista San Lucas era pintor, y ha dejado un retrato de la Virgen Santa, de

que se han sacado numerosas copias. En los siglos de la fé, Cimague, Giotto, Juan Bellini, Perugino, Alberto Durero, han trazado cada uno en su género bellísimos tipos de la Virgen Madre. En el renacimiento, entre los innumerables artistas que han representado á Maria, ya sola, ya con el niño Jesus, ya en esas graciosas composiciones que se llaman *las santas familias*, debe citarse el primero, y como habiéndolos escedido á todos, á Rafael de Urbino, que supo dar á la Santa Virgen un carácter eminente de belleza y de nobleza divina: sublime tipo, mágica creacion de genio que todos han intentado imitar, y que ninguno ha podido hasta ahora conseguirlo. Despues de Rafael es preciso nombrar los Carrache, Poussino, Le Sueur, Murillo, Zurbarán, Rivera, y otros varios.

Tal fué María, Madre de Jesucristo, y madre de todos. La Providencia al darnos la vida por el medio que nos habia dado la muerte, y convirtiendo en su gloria lo que habia causado nuestra pérdida, la desobediencia de Eva, nuestra primera abuela, que nos habia arrebatado la herencia de los cielos, por la fidelidad de María, segunda Eva, hizo volver á bajar la gloria y la felicidad á nuestras frentes, de donde habia sido arrancada la corona de pureza y de inocencia. Del seno de la primera sale la inmensa multitud de generaciones condenadas: en el seno de la segunda se forma la preciosa perla entregada para el rescate de la humanidad proscrita. De un gérmen tristemente emponzoñado, nace al cabo de cuarenta siglos una hermosa y espléndida flor: María vino á levantar á Eva de la degradacion, corregir lo pasado, ennoblecer lo presente, y preparar el porvenir dando al mundo caridad.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL EMPERADOR MAXIMILIANO.

El 6 de julio de 1832 nació en Schœnbrunn Fernando Maximiliano José, archi-

duque de Austria. Fueron sus padres el archiduque Francisco José y Sofia Dorotea, hija de Maximiliano I, rey de Baviera.

A pesar de los malos ejemplos que recibía el joven príncipe en la ciudad de Viena, donde las costumbres de la nobleza estaban muy lejos de ostentar la pureza necesaria, se mantuvo siempre ajeno á toda inclinacion viciosa, gracias á su rectitud natural, que le hacia mirar con desvío cuanto pudiera encaminarse fuera del límite que la honradez prescribe.

Casi niño aun, pero terminada su primera educacion, recorrió al servicio de la marina de su país, las costas del Mediterráneo, dando cada dia pruebas notables de inteligente aplicacion al estudio, que le granjeaban el respeto y consideracion de cuantos llegaban á tratarle.

A los veintidos años ya se halló en estado de organizar una escuadra importante, comandándola por sí mismo, y visitar con ella los puertos de Siria. Pensaba nada menos que elevar al Austria á la categoría de potencia marítima que nunca tuvo, y para ello dió grande impulso á la construccion naval, ejercitó marinos excelentes, y por fin alcanzó por resultado de sus desvelos asentar las bases de una armada considerable por el número y calidad de los buques que la componian.

El fué uno de los primeros y mas eficaces auxiliares que tuvo la empresa del canal de Suez, donde marchó á dar impulso á esta obra, una de las mas grandes que registrará la historia de los triunfos de la humanidad.

Reputado en las cortes de Europa como uno de los príncipes de mayor virtud y talento, quiso Napoleon conocerle y le invitó en 1856 á pasar algunos dias en Saint-Cloud á su intermediacion. Encantado de su inteligente franqueza, de su cultivado entendimiento y de su carácter noble y caballeresco, le profesó una amistad á que Maximiliano supo corresponder en todas ocasiones.

En 1857, su hermano el emperador Francisco José, le nombró lugarteniente

del reino Lombardo-Veneto, cargo que llevaba consigo todo el peso y cuidados de una corona. No le arredraron al joven archiduque, antes bien, á pesar de las difíciles circunstancias, supo hacerse estimar de un pueblo sometido mal su grado, y cambiar en partidarios á los que llegaban á tratarle de cerca, olvidando su cualidad de austriaco, para admirar tan solo su espíritu benévolo y conciliador.

Sin embargo de esto, algunas veces se vió amenazado por el puñal de los asesinos, que por entonces parecieron conjurarse contra varios soberanos de Europa.

Residiendo en Venecia, llegó una noche el príncipe de Stromboli á decirle que dentro de algunos instantes debia estallar una conjuracion, cuyo principal objeto era dar muerte al virey. Maximiliano, sin desconcertarse, manda llamar á su esposa, dispone salir con ella apoyada en su brazo á pasear en la plaza de San Márcos, sin escolta ni acompañamiento de ninguna clase; se presenta en efecto, y los conspiradores se desconcertan ó suspenden avergonzados la ejecucion de sus designios.

Cuando estalló la guerra entre Austria, Francia y el rey de Cerdeña, Maximiliano habia sido separado del gobierno del Lombardo-Veneto, y á consecuencia de serias desavenencias con su hermano vivia retraído en Miramar, de donde únicamente salia para concurrir en la corte de Viena á algun acto oficial de indispensable asistencia.

En aquella deliciosa mansion vivia retirado el infeliz príncipe, entregado mas que nunca al cultivo de las artes y ciencias, cuando Napoleon vino á ofrecerle en agosto de 1863 un trono que jamás halagó su mente, tan agena de acariciar ideas ambiciosas.

Un año resistió á la tentacion seductora; un año luchó contra su mal destino que le arrastraba á la senda de perdicion; pero al cabo aceptó la fatal diadema que le ofrecia en nombre del pueblo de Méjico la *Cámara de los Notables*, y en abril de 1864 consintió en llevar un título, anuncio insepa-

rable de abandono y muerte para cuantos le han llevado.

Es tan reciente y conocida la historia de Maximiliano durante el triste periodo que ocupó el solio, séroza tanto con la política de actualidad, de la que ni debemos ni es nuestro propósito ocuparnos, que diremos muy poco de ella; bastarán algunas ligeras reflexiones terminadas con un breve relato de su trágico fin.

Bien puede asegurarse que su azaroso reinado fué una serie no interrumpida de contratiempos y amarguras. Hecho blanco del odio de los liberales y abandonado á poco del poderoso partido católico, única fuerza capaz de sostenerle, pero cuyas fundadas esperanzas tuvo el poco tacto de no satisfacer, tratado con desden por los generales franceses, nunca llevó de soberano mas que el nombre hasta el punto que sus aliados le dejaron á merced de las pasiones exaltadas de los unos y la indiferencia creciente de los otros.

En varias circunstancias intentó abandonar un trono que comprendió desde luego era imposible establecer en aquellos países destrozados por las ambiciones personales, pero los estráneros, de quienes era un súbdito coronado, se opusieron á sus intentos haciéndole suscribir á exigencias contrarias á su dignidad y perjudiciales al buen gobierno del Estado.

Recien llegado á Méjico, ofreció á Juárez un elevado puesto en el Imperio; á cambio de su renuncia del título de presidente de la república, pero rechazadas cuantas proposiciones hizo, viendo inútiles asimismo los esfuerzos empleados para captarse el aprecio de los liberales, creyó llegado el caso de apelar á medidas estrechas y admiró á los hombres pensadores con la publicacion del decreto de 3 de octubre, que reputaba como bandolero á todo mejicano que no aceptara su gobierno.

A esta sazón los Estados-Unidos pusieron término á la guerra que les habia estorbado ocuparse en los asuntos vecinos, pero desembarazados de las contiendas interiores, reclamaron la evacuacion del ter-

ritorio mejicano por las tropas francesas.

Aquí verdaderamente comienza para Maximiliano la gloriosa epopeya digna de un héroe de los antiguos tiempos. No es posible encontrar una víctima sacrificada con mas nobleza en aras del pundonor. Al claro entendimiento del príncipe no podia ocultarse la pasion lenta y dolorosa que le aguardaba, mas para evitarla hubiera sido preciso abandonar á sus parciales, faltar á sus compromisos solemnes, retirándose á Europa entre los bagajes del ejército francés, y antes de ser tachado de pérfido y cobarde prefirió el martirio sin mengua de su reputacion.

No somos llamados á juzgar el acto de venganza inútil cometido el 19 de junio de 1867 en la persona de Maximiliano. La Europa entera se estremeció indignada al saber los asesinatos de Querétaro, producto de una traicion, y por lo tanto mas deplorable y sin disculpa á los ojos de la humanidad. ¡Cuán inmensa hubiera sido la gloria de Juárez si hubiese realizado su triunfo con el perdon de su rival, que nada podia ya perjudicarle! Aquel archiduque lanzado de las playas mejicanas en pos de los estráneros que á ellas le aportaron, humillado por un ciudadano particular y debiendo la vida á su clemencia, hubiera sido un testimonio perpétuo de la fuerza y grandeza de Méjico á quien el Viejo Mundo no hubiera podido menos de respetar. Mas no supo ó no pudo terminar el jefe de su gobierno la guerra por un acto de grandeza y cayó sobre él la reprobacion general, y el desprecio sobre la nacion que le está sometida.

Concluiremos con algunas ligeras noticias acerca de la ejecucion de Maximiliano y sus dos companeros de infortunio Miramon y Mejía.

El dia 22 de mayo se notificó al emperador que se preparase á comparecer ante un consejo de guerra, de cuyo acuerdo estendió protesta, pidiendo ser juzgado por la *Cámara de los Notables*, que le habia llamado á reinar. Esta réplica fué mandada al presidente que contestó el dia 30 negándose á la solicitud del acusado, en razon de

que la *Cámara de los Notables* no había sido convocada por el jefe del Estado. Sin embargo, Juárez ofreció salvar la vida á Maximiliano, siempre que éste jurase no pisar nunca el territorio de Méjico, firmando una solemne renuncia al trono.

El emperador aceptó desde luego, siempre que se perdonase igualmente á los oficiales y soldados que habían sido hechos prisioneros con él. Ignoraba que dos generales habían sido ya pasados por las armas. Se condescendió con los deseos del preso, pero en las conferencias posteriores no se pudo llegar á un acuerdo definitivo.

El consejo celebró su primer sesión el 11 de junio por la mañana bajo la presidencia del general Coronas, asistido de los de igual clase Escobedo, Martínez, Ruiz, y Negrete y de dos coroneles. Maximiliano rehusó los defensores, Mejía y Miramon eligieron uno para entrambos. Aquel mismo día fué remitida la sentencia al presidente que la devolvió el 18.

Hay quien dice que Juárez estaba propenso á indultar, pero que Romero, embajador de Méjico en Washington, alcanzó á fuerza de sugerencias la ratificación de la sentencia. Los prisioneros la recibieron sin sorpresa, pues ya conocían la triste suerte que había tocado á sus compañeros y nunca la esperaron ellos mas favorable. Maximiliano pidió que se les dejase reunidos hasta el postrer instante y le fué concedido.

En una estensa pieza del piso bajo de un antiguo convento se preparó la última morada de los tres sentenciados. El altar se dispuso en el fondo y los centinelas recibieron la consigna de hacer fuego sobre cualquiera que tratase de entrar ó salir sin conocimiento del capitán Gonzalez, encargado de la custodia. Unicamente se permitió la entrada al abate Fisher, confesor y ex-secretario de Maximiliano. Llegó despues el obispo de Querétaro, cuyos auxilios espirituales fueron aceptados por los presos. Se confesaron y pasaron parte de la noche conversando en voz baja. Mejía se durmió profundamente; Miramon no

pudo conseguirlo á causa de lo mucho que su herida en el rostro le hacia padecer, y Maximiliano escribió dos cartas, una para su madre la archiduquesa Sofía y otra para su esposa: suplicó á la mujer de un centinela que le cortase un mechón de pelo que cerró bajo los sobres y entregándolos al obispo le dejó encargado los dirigiese á su destino.

A las cuatro deseó el emperador oír misa que celebró el obispo, despues que despertaron á Mejía, y comulgaron los tres. Concluido el Santo Sacrificio quedó Maximiliano largo tiempo arrodillado en el suelo con la frente apoyada en las manos.

Miramon estaba pálido y abatido, Mejía arrogante y envanecido de morir con su emperador. A las siete la música de la escolta les anunció que se acercaba el momento supremo, antes de que el capitán Gonzalez entrase con las banderas en la capilla. Miramon dejó que le vendasen los ojos, pero Mejía se hubiera resistido á no ser por algunas palabras que en voz baja le dijo el obispo, á consecuencia de las cuales se sometió tranquilamente. El emperador declaró que de ningún modo se dejaría cubrir la vista: Gonzalez al oír esto pareció titubear, mas al cabo de un corto rato, saludó al príncipe y se puso á la cabeza de la escolta.

Un escuadron de lanceros abría la marcha, seguido de una banda de música militar y un batallon de cuatro en fondo. Al salir del convento exclamó Mejía en voz alta:

—Señor, dadnos por última vez ejemplo de valor y nosotros seguiremos los pasos de V. M.

En aquel punto pasaba la comunidad de franciscanos con la cruz, el agua bendita y velas encendidas; seguían los féretros, llevados por doce indios y detrás de todo las cruces de ejecución y los banquillos. El capitán Gonzalez hizo señas á Maximiliano de que le siguiera, viendo lo cual se adelantó con valor el emperador diciéndo á los dos generales:

—¡Marchemos á la libertad!

Caminaba el primero el emperador llevando á su derecha al abate Fisher y á su izquierda al obispo, detrás iba Miramon, sostenido por dos franciscanos, y despues Mejia entre dos sacerdotes de la parroquia de Santa Cruz.

Así llegaron al sitio de la ejecucion donde Maximiliano sacó su reloj y apretando un muelle descubrió el retrato de la emperatriz Carlota, le besó y entregando la cadena al abate Fisher le dijo:

—Llevad este recuerdo á mi querida esposa, y si algun dia puede comprenderos, decidla que moriré contemplando su imagen que llevaré conmigo al cielo.

A esta sazón las campanas doblaban á la agonía, y solo la fuerza que formaba la escolta presenciaba aquella escena solemne, pues al público no se permitió aproximarse. Tres pelotones compuestos de cinco hombres cada uno, con dos sargentos de reserva para el tiro de gracia, se acercaron á tres pasos de los sentenciados.

El emperador aproximándose á sus compañeros los abrazó comovido. Miramon cayó sobre la banqueta, pero Mejia devolvió á Maximiliano su obsequio y despues se cruzó de brazos sin querer sentarse. El obispo acercándose al emperador le dijo:

—Señor, dé V. M. en mi persona á Méjico entero el ósculo de reconciliacion; perdónelo todo V. M. en este instante supremo.

Maximiliano levantando la voz exclamó con notable firmeza:

—Decid á Lopez que le perdono su traicion: á Méjico entero que le perdono su crimen.

Despues estrechó las manos del abate, que privado de la palabra cayó llorando á sus piés. Muchos de los presentes lloraban tambien. El emperador se desprendió suavemente de las manos del obispo y dando un paso adelante dijo sonriendo al oficial encargado de la ejecucion:

—Estoy á la disposicion de vd.

La escolta hizo fuego y Maximiliano cayó envuelto en humo murmurando al-

gunas palabras en aleman; Miramon se abatió como herido de un rayo; á Mejia le remataron de un tiro en la sien viendo que agitaba los brazos. Los tres fueron enterados en la fosa comun.

El general Coronas exigió del obispo le entregara las cartas. La de la archiduquesa Sofía no fué abierta, mas la de la emperatriz, por razones de alta política, no disfrutó este privilegio. Estaba escrita en francés y decia lo siguiente:

«Mi querida Carlota: si Dios permite que recobres la salud y leas estas líneas, sabrás cuan terrible suerte me ha perseguido desde tu salida para Europa. Llevaste contigo mi alma y mi fortuna. ¡Ojala hubiera escuchado tus palabras! Tantos acontecimientos, tantas desgracias imprevistas, han acabado de tal modo con mis esperanzas, que considero la muerte como una redencion gloriosa y no cual una agonía. Moriré con gloria como soldado, como rey vencido, pero no sin honor. Si Dios te llama á reunirme conmigo, bendeciré su mano que tan pesadamente ha caido sobre nosotros. Adios..... Adios..... Tu desgraciado Maximiliano.»

Así terminó este sangriento drama; el desenlace no puede menos de escitar el interés á favor de las victimas: acerca del principio y desarrollo anterior, la severa é imparcial historia pronunciará su fallo cuando la impresion de los sucesos se haya desvanecido.

CH.

ESCEPTICISMO FILOSOFICO.

(Conclusion).

Estos son los principales puntos en que se puede combatir y en que se defiende el escepticismo, sin que tengamos necesidad de reproducir los diez motivos de duda universal, que se atribuyen á Pirron, y que fueron esplotados por Enesidemo, contemporáneo de Ciceron, y aficionado á las doc-

trinas de Heráclito. La filosofía de éste discípulo de la nueva academia de Arcesilas, que tanto se acercaba al escepticismo puro, fué ordenada cuando cayó en manos de Sexto Empírico, quien redujo á sistema todas las teorías escépticas sustentadas.

La raíz del escepticismo de Sexto Empírico, es su ideología sensualista. Peligroso es el querer mantener como general y constante la doctrina de que las sensaciones son el único recurso del alma, pues esto trae una porción de dudas y crea contradicciones, que llevan al escepticismo.

No nace el escepticismo, sino que lo forman esas evoluciones de la filosofía que tan pronto combaten como defienden el imperio exclusivo del espíritu humano. Esas evoluciones han dado siempre variación en la doctrina filosófica.

Al frente de esas variaciones, hay un hombre que pretende fundar una escuela con las observaciones que ha recogido ó las variantes que hace en las doctrinas de los que han sido sus maestros.

La Grecia, esa dama bella, elegante y discreta, fué la cuna del escepticismo. La propaganda que hacían las escuelas de la Jonia é Italia, y el afán de discutir, que con la práctica formó un arte, produjeron esa confusión en la disputa que empezó con la negación y siguió siempre lo mismo; y lo que antes era una investigación estudiosa y elevada descendió bien pronto á convertirse en un objeto de vanidad y de ambición.

Aparecieron los sofistas, hombres orgullosos, que tenían la pretensión de repentizar en todas las cuestiones, y el afán de sostener el pro y el contra en todo. Como no podía menos de acaecer, este juego de las facultades vino en descrédito de nuestra filosofía y á emponzoñar las fuentes del saber, dando á la vez mas amplitud al escepticismo, que bien pronto tomó, como dije antes, en tiempo de Sexto Empírico, las formalidades é importancia de una escuela.

Este es el origen del escepticismo, debido mas á una confusión de las ideas y una

aberración del sentido común, que á una necesidad, y sujeto mas al capricho que á la verdad que envolvía en formas oscuras y otras negativas: carácter este último que siempre lo distinguió.

A mas de los tres príncipes del escepticismo que he citado, descuellan Protágoras de Abdera, que negaba la verdad absoluta y sostenía que todo es relativo y que el conocimiento se alimenta de apariencias; Trasimaco, Eutidemo y Diágoras, han querido presentar la teoría sensualista como medio de adquirir la verdad y por consiguiente la dificultad en que estamos de hallar ésta. Diágoras, que decía no saber lo que eran los dioses, mereció de sus compatriotas los atenienses, que su cabeza fuera puesta á precio.

La escuela de Megara, fundada por Euclides, discípulo de Sócrates, bastardeando la afición á la filosofía fué la refinadora del sistema filosófico de Pirron, y los discípulos de aquella se distinguieron tanto en esta empresa que sus disputas eran conocidas de todo el mundo.

Timon, amigo y discípulo de Pirron, ensancha la duda de éste y se le supone autor de esos diez argumentos para combatir toda verdad.

Demócrito, Anaxágoras y Empedocles, dijeron que nada podemos conocer, percibir, ni saber, y que los sentidos son limitados.

Arcesilas negaba la posibilidad de saber algo, llevando su rigor hasta contra aquella modesta frase del sabio y hombre de carácter, del filósofo de Atenas, Sócrates, *una cosa sé, y es, que no sé nada*. Expresión que llegó á ser un correctivo para todos aquellos locuaces que pretendían lucirse haciendo alternativamente el pro y el contra. Creía Arcesilas que era necesario suspender siempre el juicio, calificando de temeraria y torpe la conducta opuesta.

Hume y Kant, en nuestros días, han tratado de resucitar la idea opuesta á la correspondencia entre la idea y la realidad, comparándose en esto á Sexto Empírico.

Aquí y para concluir este breve viaje

por el campo de la filosofía, voy á honrarme vindicando á los cristianos de haber abandonado el estudio de la filosofía. Lo primero que se ofrece es el intento de describir los hechos, pretendiendo descubrir una contrariedad entre la razon y la fé, lo que no es cierto, pues aun en los primeros siglos del cristianismo se cuentan filósofos eminentes. Las herejías de las escuelas filosóficas, nunca dejaron de encontrar impugnadores.

El tesoro de filosofía que encierran las obras de San Agustin, son bastante esfuerzo para demostrar la union de la razon y la fé. No hablo ya de aquellos tiempos en que dominada Europa por los pueblos bárbaros, quedaron los monjes depositarios y propagadores de la filosofía y de todos los ramos del saber: elevada mision que llenaron sacando mas tarde de las soledades del cláustro, los fundamentos de una civilizacion nueva y esplendente, que les conquistó la merecida importancia que entonces tuvieron, y que mas tarde decreció por circunstancias que no son del caso enumerar, hasta llegar al estado en que hoy se halla.

Mas tarde Roscelin, el jefe de los nominalistas en la Edad media, sostuvo, que no hay mas que sensaciones y que las ideas universales son ilusorias. San Anselmo combatió las sutilezas de este filósofo en cuanto atacaban á la teología y sus errores sobre el augusto misterio de la Trinidad.

En el siglo XIII la sociedad entraba en la regularidad que obtuvo en los siglos siguientes. Desde entonces tambien hasta nuestra época ha decaído mucho ese afán de la duda, y no han vuelto á presentarse luchas como las habidas entre ideólogos y ontológicos suscitadas por Aristóteles y Platon, parodiadas mas tarde al renacimiento de la doctrina filosófica por realistas y nominalistas. Suenan, sin embargo, algunos nombres que citaremos en el siguiente artículo.

II.

Despues de esa reseña en que señalé los diferentes ingenios que confundieron las fuentes de los conocimientos humanos dando lugar al escepticismo, voy á tratar en la segunda parte de atacar este sistema en el punto que mas interés presenta, ó sea parapetado detrás de los tres fundamentos que sus adictos señalan para la desconfianza de los sentidos.

Esta enfermedad del espíritu, llamada *escepticismo*, es un absurdo tan grande, que como dije antes, los mantenedores de él lo desmienten de continuo en sus acciones. No merecen el nombre de filósofos sino el de sofistas los que han negado un hecho testificado por la razon universal del género humano. El *escepticismo* es la muerte de la inteligencia, contraría la misma naturaleza del hombre en cuanto quiere negar la dependencia de la inteligencia respecto de la sensibilidad, y reduce la estension de nuestros conocimientos, pues faltando alguno de los modos de sentir se carecería de una serie entera de nociones.

Por fortuna de la humanidad el escepticismo no es error contagioso; la razon de los hombres lo repele instintivamente, y todas las argucias de su dialéctica, no consiguen disminuir en un ápice la profunda certidumbre con que recibimos y afirmamos á cada hora del dia, infinito número de verdades de todo género. La facilidad con que enriquecemos nuestra inteligencia por medio del trabajo, el vasto campo que en todos los ramos del saber descubrimos á medida que mas nos ejercitamos y mas observaciones hacemos por medio de los sentidos, llega á destruir por completo la anomalía del escepticismo.

Mas para mejor hacer patente ese error, voy á ocuparme de los fundamentos que se señalan para la desconfianza. Es el primero y mas importante, la distincion que debe haber entre la impresion que hacen los objetos en los sentidos, y la naturaleza y forma de esos mismos objetos.

Este primer fundamento es el programa del escepticismo, como que resume concentrándolas todas las sagacidades de ese pequeño grupo formado por hombres, que mas buscaban la fama que la ciencia, mas contribuian al error que lo evitaban. Es la máxima fundamental en que estriban para negar cuantas cualidades sensibles ponen los aristotélicos en los objetos; así que para ellos ni el azabache es negro, ni la nieve blanca, ni olorosa la rosa, si entendemos estas propiedades como intrínsecas ó como provenientes de alguna cualidad ó forma accidental intrínseca que haya en los objetos, y solo las concederán en cuanto significan unas determinadas impresiones, que mediante el físico y corporal impulso de las partículas insensibles de la materia resultan en nuestros órganos; las cuales del mismo modo sirven para buscar lo útil y huir lo nocivo que aquellas otras formas intrínsecas.

Resulta de esta falsa teoría, que el órgano siente, lo cual es una verdadera ilusión, porque quien únicamente siente es el alma. Los sentidos corporales solo son, como Ciceron los llama, vehículos de las sensaciones, puertas por donde el alma se pone en comunicacion con el mundo material que la rodea. La sensacion es fenómeno puramente del alma, sin que los órganos tengan mas parte en su produccion, sino el ser instrumentos necesarios para que la sensacion se verifique. Nos persuadiremos de esto al observar, que nosotros comparamos entre sí las sensaciones que recibimos por distintos órganos: que nos acordamos de las sensaciones despues que pasaron: que en algunos casos extraordinarios, sucede verificarse la sensacion, no existiendo el órgano á que la misma se refiere. Todo esto nos prueba, que la sensacion es en el alma, y que el órgano no desempeña mas papel que de fiel trasmisor de la impresion que recibe, llegando esa sensacion al término de su camino sin cambio ni alteracion. Es muy posible que por una causa cualquiera, el nervio conductor de la impresion adquiera un movimiento igual ó

análogo al que le comunica la impresion orgánica, y en este caso habrá reaccion en el cerebro, y tambien la sensacion del alma que á ella debe seguirse, sin que haya habido impresion en el órgano estérno. Así se explica perfectamente el hecho de verificarse la sensacion no existiendo el órgano á que la sensacion se refiere, y el otro mas frecuente, pero no menos curioso, de las sensaciones habidas durante el sueño. Resulta de todo lo dicho que no son los órganos los que sienten, y que por lo tanto el referir á ellos las sensaciones de que son instrumentos es una verdadera ilusión, si bien efecto necesario de la ley sabia constitutiva de nuestra naturaleza, la de la union del alma y del cuerpo, sagrado vínculo con que Dios quiso enlazar é identificar en una existencia comun, las dos sustancias que constituyen al hombre, á pesar de ser estas de condicion tan diversa. Así es como el alma, inmaterial y simple, puede no solo existir estrechamente unida al cuerpo que es materia, sino formar con él un solo ser, un solo individuo, una persona única.

Pero volviendo á mi valiente propósito de pulverizar esos tres fundamentos en que pretende apoyarse el raro escepticismo, y concretándome al primero: despues de probado que quien únicamente siente es el alma, la concesion que me habia propuesto á nombre de esa escuela, queda por tierra y su principal argumento destruido.

Es imposible esa distincion entre la impresion de los objetos en los sentidos y la naturaleza y forma de esos mismos objetos. Es verdad que cada objeto tiene su forma que lo distingue, así como sus cualidades que lo caracterizan, pero esta forma y estas cualidades que constituyen el ser absoluto del objeto, no pueden menos de estar en relacion con la impresion que el mismo causa. Decimos que la miel es ardiente. Si por esta sensacion queremos significar que este producto hace en nosotros tal determinada impresion á que llamamos ardor, decimos bien; pero si queremos expresar que la miel tiene esa cualidad en

absoluto, decimos mal, pues si para nosotros, naturalezas débiles, es ardiente, otras hay en nuestra misma raza tostadas por el sol y azotadas por los rigores á quienes no escita de la manera que á nosotros.

Lo mismo puede decirse si estudiamos un ejemplo en que la sensacion sea causada por un objeto sólido, pues al mirar un cilindro y siendo este de madera, la impresion estará siempre en relacion con su naturaleza y forma, y tendremos que creer en la existencia de un cilindro de madera allí donde nuestra vista le supone, sin que nos asalte la idea de que esa figura sea una ilusion de nuestros sentidos, porque no puede ser así ni cabe en la razon. Locura pues el querer hallar una diferencia entre la impresion y forma de los objetos, pues este error apreciable en mucho, desde luego excluye el asenso al informe de los sentidos, y esto ni el mismo Carneades, ni Arcefilao lo negaron nunca, pues por declaracion de doctos de su época, creian tanto como cualquier hombre.

Esto, pues, el primer fundamento de la duda y que resume todas las exigencias del escepticismo, no es ni puede ser admisible en todo ni en parte, y se reconoce y confiesa universalmente que la impresion recibida es correspondiente á la naturaleza y forma de los objetos que la producen.

Es condicion necesaria para la sensacion, que el objeto material haga impresion en los órganos del cuerpo, y que esta impresion se comunique al cerebro. La necesidad de esta condicion para que se verifique la sensacion nos la muestra la experiencia, enseñándonos que no hay sensacion mientras los objetos materiales no hacen impresion en los órganos; y que tampoco la hay aunque la impresion en el órgano se verifique, si esta por cualquier accidente no se trasmite al cerebro. No es lícito confundir la impresion recibida en el órgano ó su trasmision al cerebro con la sensacion, porque son fenómenos enteramente distintos: aquellos son materiales y corresponden al cuerpo; la sensacion es fe-

nómeno espiritual propio exclusivamente del alma.

Hay correspondencia entre las impresiones recibidas en los órganos y las sensaciones producidas en el alma. Es preciso que la haya y la hay muy estrecha, supuesto que la impresion es causa necesaria de la sensacion, aunque entre ambas exista esa diferencia esencial que las separa hasta el punto de marcar cada una un orden de cosas diverso, casi un mundo.

Resulta de la correspondencia entre la impresion y la sensacion, *que la sensacion es siempre análoga en naturaleza, energia y forma, á la naturaleza, energia y forma que la produce*: así es que á la impresion de la luz en el órgano de la vista, corresponde en el alma una sensacion visual; á la impresion en los oidos de un sonido musical, corresponde en el alma una sensacion musical, que á veces escita de tal modo ó de tal suerte nos hace gozar, que frenéticos y guiados de un verdadero entusiasmo, pedimos la repeticion de aquellas notas que tan agradable impresion nos produjeron. Esta correspondencia entre la impresion y la sensacion nos releva de toda prueba respecto á los objetos que vemos, y es el medio mas seguro y menos sujeto á errores que tenemos de adquirir conocimientos; es á la vez un gran auxiliar de la memoria, pues recordando la impresion de un objeto, venimos en conocimiento de muchas de sus cualidades, como que no pueden menos de corresponder á la impresion del objeto que deseamos conocer.

Las sensaciones no son uniformes: y no solamente no lo son sino que varían hasta lo infinito. El número de sensaciones perfectamente distintas que el alma puede recibir es incalculable. Reflexiónese cuantas y cuan variadas tenemos á cada hora del dia, y por aquí se podrá aventurar á donde llega su número y la diferencia de las que pueden lograrse durante la vida.

Esa correspondencia de que hablábamos antes puede hacerse extensiva á todas las sensaciones y órganos destinados á excitarlas. Resulta de esta nueva corresponden-

cia que descubre el análisis filosófico, que en muchos casos sentimos en el órgano como si fuese este quien siente, lo cual es una verdadera ilusión por la teoría explicada ya.

Toda sensación por individual y aislada que parezca, siendo en realidad sensación compuesta, debe traer consigo el germen del sentimiento-relación: y por consiguiente este sentimiento, aunque distinto de la sensación, viene siempre con ella y se origina de ella. El primero que, como resultado de un escrupuloso análisis descubrió esta distinción fué Mr. Laromiguière, profesor de filosofía en la universidad de París.

Creo haber demostrado que el empeño de dudar de la correspondencia que tienen los fenómenos internos con algún objeto externo que los origina, y la íntima relación de la sensación con la naturaleza y forma del objeto, base y fundamento del sistema filosófico llamado *escepticismo*, es una duda tan extraña que, en la historia de la ciencia y á los ojos de una buena filosofía, no debe tener mas peso que las ilusiones de un maniático.

Loco, atrevido y por demás inútil ha sido el empeño de algunos que, tenidos por filósofos, han pretendido luchar con la naturaleza que nos rodea, abriendo una campaña que si no estéril, ha sido inútil, contribuyendo tan solo á afianzar mas y mas la certeza, y certeza indudable de que defendían un error, que, donde quiera que levanta la cabeza muere, pues lo combaten naturaleza, razón y filosofía.

Sofísticos, como no puede menos, han sido los recursos que en todos tiempos emplearon los escépticos al defender el lado negativo de la filosofía, y perdidos, porque han ido á estrellarse contra ese mundo de necesidades y de peligros que nos rodea, igualmente que los rechaza esa actividad perceptiva de las verdades universales y necesarias, á las cuales asiente el entendimiento tan pronto como se le ofrecen: estas son las que se llaman *per se notæ* y también principios y axiomas. De ellos

unos se refieren á la vida especulativa, otros á la práctica, siendo estos últimos el cimiento de la ciencia moral. Esas verdades universales y necesarias son como la valla puesta por la naturaleza, para que las agudezas y los sofismas no puedan nunca arrastrar la humanidad á ese piélago proceloso de la duda universal.

Nuestra situación rechaza la duda, pues vivimos sobre algo, y nadie puede dudar de la existencia de la corteza terrestre, por mas que la ignorancia de algunos, les impida conocer las propiedades y circunstancias de esa misma capa sólida. Todos tenemos, sin que podamos despojarnos de ella, la profunda é íntima convicción de que en nuestro derredor existe algo á lo que llamamos mundo.

Ese fenómeno de nuestra existencia que he citado, sin embargo de que no acertamos á explicárnoslo, tampoco nadie ha podido destruirlo.

Los apóstoles del escepticismo, sus discípulos y sus creencias convienen en la necesidad de acomodarse en la práctica á los conocimientos que adquirimos por los sentidos, reconociendo el informe á los mismos y concretando la duda á otro grupo de conocimientos, que si no corto, casi es menos interesante que el anterior, pues trata de la percepción. La filosofía y modo particular de pensar de los escépticos, termina allí donde comienza su vida material y civil, siendo entonces hombres, á semejanza de los demás, y teniendo como ellos certeza, así para librarse de los peligros como para disfrutar de los placeres y diversiones. Esto mismo lo han venido á confesar varios escépticos con los actos de su vida: tendré ocasión de citar algún hecho que compruebe esta afirmación.

Suficientemente probado el imposible del escepticismo universal, y que no puede haber esa distinción entre la impresión, naturaleza y forma de los objetos, y resaltando ya de una manera clara la necesidad de una muy estrecha relación entre la impresión y la sensación, vamos á ocuparnos ahora del segundo fundamento que se se-

ñala para la desconfianza de los sentidos.

Consiste este segundo en sostener, que la esperiencia de las alteraciones que ocasionan en las especies sensibles ó la interposicion del medio ó la diferente disposicion del órgano, implican la desconfianza de los sentidos.

Nada mas fácil que alucinar con el anterior argumento, como fácil es tambien convencerse de su inutilidad. A primera vista parece que la interposicion del medio ó la diferente disposicion del órgano puede causar alteracion en las especies sensibles, pero considerándolo se ve que la interposicion del medio no presenta motivo de duda, pues pasando el objeto por un medio uniforme ú homogéneo no resulta alteracion; ó lo que es lo mismo, que un objeto puede verse siempre igual, mientras hiera tambien por igual nuestros sentidos, dejando de percibirse la sensacion en el momento que estos no son afectados por el objeto. Esta teoría está basada, y en consonancia con todas las leyes físicas, determinando estas mismas, que los objetos que corren en un mismo plano y en igual clase de atmósfera, no pueden menos de herir nuestra retina en una misma direccion y hácia un mismo lado.

Las sensaciones del oído tampoco son prueba, aunque las referimos á objetos externos y nos hacen distinguir en los sonidos, ya sean simultáneos ya sucesivos, ciertas relaciones capaces de ser apreciadas; es cierto que estas sensaciones no determinan el objeto que las produce ni dan á conocer ninguna de sus propiedades. Bajo este concepto, la interposicion del medio de una sensacion de esta clase, nunca podria ser fundamento de duda y si al contrario.

Si examináramos las mas sensaciones que nuestra alma puede sufrir afectada en todos nuestros órganos, no haríamos mas que seguir demostrando, que la interposicion del medio ó diferente disposicion del órgano, no pueden servir de fundamento á la duda. Respecto á la disposicion del órgano, puede decirse tambien que corrigiéndose y completándose unos sentidos á otros,

el error no cunde por mas que pueda existir á la percepcion de una sensacion, pues sabido es que en la trasmision no sufre alteracion alguna.

Decimos que en nuestros medios de conocer está el fundamento de la certidumbre, porque es un hecho indubitable, que los conocimientos que adquirimos por los sentidos, son conocimientos ciertos, sin que podamos asignar mas causa ni motivo á su certidumbre, sino el mismo conducto por donde los hemos logrado, y resultando que es la bastante para tener esos conocimientos por verdaderos y muy ciertos. Así es, que tenemos certidumbre en la presencia de los objetos que vemos, porque los vemos; la tenemos en el placer y en el dolor que sentimos, porque lo sentimos; la tenemos en la verdad de un axioma de geometría, porque la razon lo comprende con evidencia; la tenemos en la verdad de una demostracion matemática, porque el raciocinio la demuestra; la tenemos en la de un hecho recordado, porque la memoria lo recuerda comparando, y finalmente, la tenemos en la de los históricos y en los descubrimientos científicos verificados por otros porque la autoridad los testifica. De modo, que los mismos medios que empleamos para adquirir el conocimiento de la verdad, son medios de adquirirla con certidumbre, lo cual depende de la confianza que en muchos casos depositamos necesariamente y por efecto de las leyes á que estamos sometidos como racionales, en la realidad de nuestros propios conocimientos.

Pasando ya al tercer fundamento que ofrece esa escuela, será mas breve que con los anteriores, pues he probado su falsedad cuando me ocupé del primero, y con ocasion que demostraba la absoluta dependencia y relacion de los objetos con las sensaciones que estos producen.

Dice este tercer fundamento, que es motivo para la duda la errada representacion que la imaginacion suele dar á los objetos, la cual figura como existentes las sensaciones externas de los objetos que no hay.

Esa errada representacion no puede tener lugar, dada la perfectibilidad de nuestros medios de conocer, y el que unos sentidos se completan á otros, sin que pueda existir nunca un vacío que verdaderamente seria difícil de llenar. A mas, esa union, esa fraternidad que existe entre nuestras ideas, ¿no es prenda de seguridad para los escépticos? Las ideas forman una cadena, las sensibles se ligan á la nocion de lo estenso, de modo que todos los cuerpos no nos parecen otra cosa que la estension modificada; las intelectuales se ligan á las sensibles, de donde toman su origen: tambien se renuevan en ocasion de la mas ligera impresion sobre nuestros sentidos.

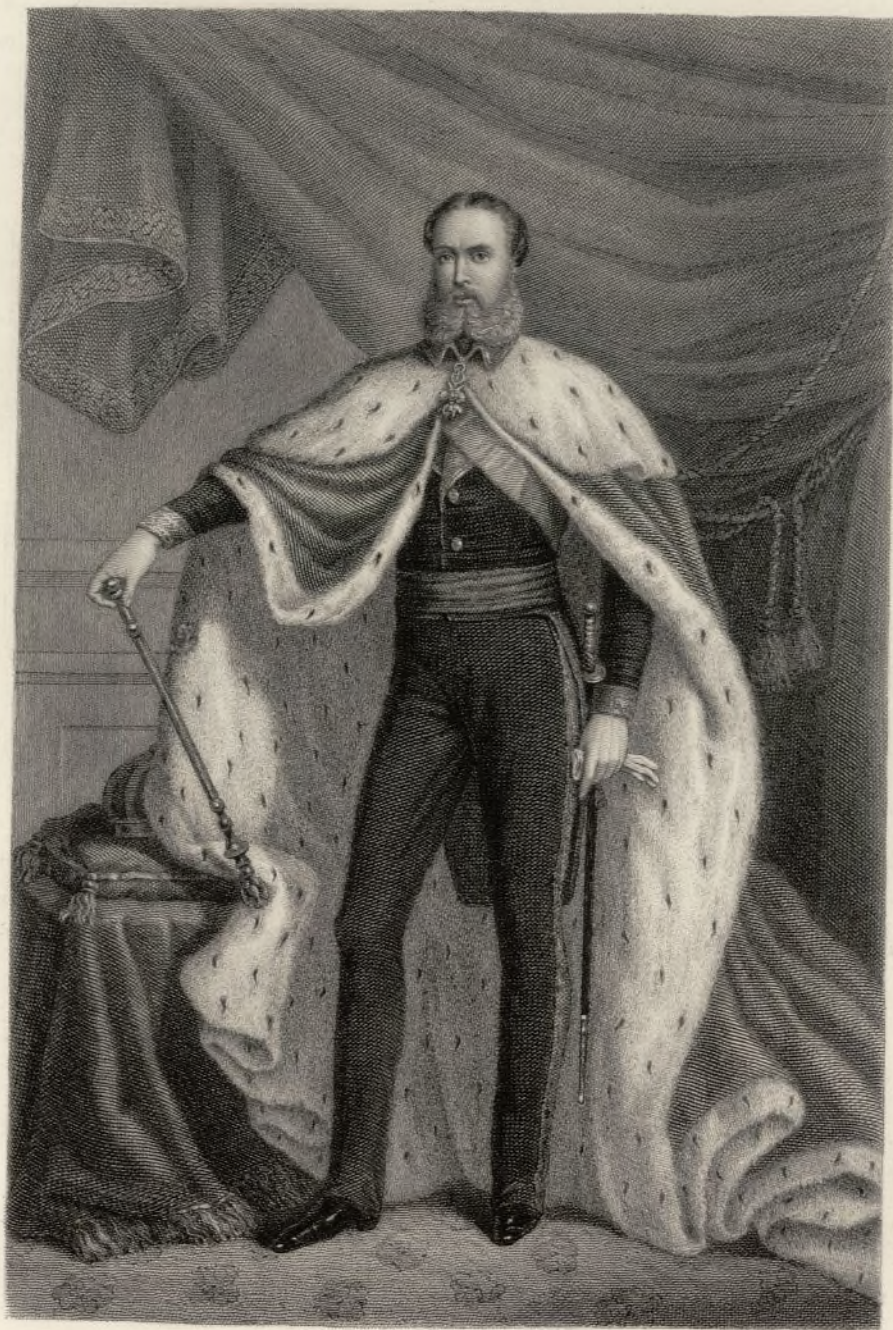
Respecto á que la imaginacion figura como existentes las sensaciones esternas de los objetos que no hay, dije al demostrar que la sensacion es fenómeno del alma, y lo repetiré ahora, que los órganos no son mas que medios para que la sensacion se verifique. Nosotros, por medio de la comparacion, tenemos las sensaciones recordadas, que si no tan vivas como las actuales y aunque acompañadas de un juicio contrario al de éstas, pueden ser indelebiles. Tambien puede darse el caso extraordinario de percibir una sensacion no existiendo el órgano á que la razon se refiere, y esto no es mas que resultado de la vibracion nerviosa ocasionada en la destruccion de ese órgano. De una manera análoga se esplica el fenómeno curioso de las sensaciones habidas durante el sueño, y que casi siempre tienen relacion con alguna sensacion reciente, y entonces caben en la clasificacion de las recordadas, ó son la suma de los deseos y aspiraciones del individuo, ó lo que teme; presentando siempre una tendencia á la recordacion. En el primer caso; ¿cuántas veces no nos pasó á todos acostarnos con el recuerdo de la mujer que amamos, pensando todavia en un favor ó un desvío que la acabamos de merecer, y soñar con ella en aquella situacion de hace algunas horas? ¿Es esto mas que el recuerdo de una sensacion?—Y para el segundo caso ¿no nos presenta

sobrados ejemplos la avaricia de unos, el temor de otros y el deseo á la comedia de todos? Este sueña con la lotería, porque siempre piensa que le va á tocar; aquel cree que su muerte pasa, porque es muy aprensivo y todo lo teme de sus dolencias, y en general los hombres, separados de los objetos de nuestro carino, alejados de la patria que nos dió el ser, reclusos en una prision, soñamos un porvenir de bienandanza ó una serie de desgracias, segun el estado de nuestro espiritu, y así unos se creen en los brazos de la madre ó de la esposa, mientras otros las juzgan presa del dolor ó del destino: unos se trasladan á respirar los aires de su país, y otros ven cerradas las puertas de éste; unos se figuran en la época de la libertad próxima, y otros calculan interminable aquel castigo. Esta variedad de sensaciones sin objeto perceptible que las cause, no es mas que un género muy parecido á las recordadas y queda por consiguiente destruido el recelo de que la imaginacion figure sensaciones de objetos que no hay, pues aunque estos no estén á la vista los recordamos.

De las sensaciones que modifican el alma, es de donde saca y deduce el hombre infinitos conocimientos y todas sus facultades.

Es indudable que las sensaciones dejan esa impresion en el hombre, pues de no ser así, pasado tiempo nos hallariamos como el primer día, faltos de ideas y sin gozar de ninguna facultad. La naturaleza evita este mutismo, al permitirle con las sensaciones agradables y desagradables, norma para andar el camino peligroso de la vida, huyendo de las cosas nocivas, buscando las útiles.

Loke fué el primero que notó que la inquietud causada por la privacion de un objeto, es el móvil de nuestras determinaciones. Esta inquietud nos la dan los sentidos al transmitir esas sensaciones que percibe el alma. Importante es saber los conocimientos que debemos á cada sentido: Condillac lo intentó en su *Tratado de las sensaciones*, que dividió en cuatro partes, con el



MAXIMILIANO

EX EMPERADOR DEL MÉJICO

MUSEO DE FAMILIAS Nº 3